

No queremos calamidades para México. Si por caso imprevisto viniera una lucha civil, nos apartaríamos del territorio; pero si surgiese una guerra extranjera, tomaríamos armas con los mexicanos y nuestra sangre respondería de nuestro agradecimiento.



CAPITULO PRELIMINAR.

Objeto de este libro.

“La Historia es la razon de todos los sofismas y de todos los absurdos, cuando no se penetra su estudio con ánimo sereno y rectitud de juicio, para dominar el conocimiento de los hechos y apoderarse del sentido de las ideas en sus corrientes y relaciones concomitantes de continuidad de los pueblos.”

LAURENT.

I

ANTECEDENTES DE TUXTEPEC.

Asistimos á un espectáculo interesante de observacion que ratifica y afirma nuestras ideas importadas de lejanos lugares, si bien habian pasado últimamente por el crisol del análisis en nuestras breves visitas á los Estados Unidos.

Deciase de esa nacion por algunos retrógrados europeos en 1850, que se habia formado con un aluvion de pillos, desconociendo, tan ligeros censores, las virtudes de Washington, los talentos de Adams, la rectitud de Jefferson y la sobriedad de Franklin; pero en 1880 era proverbial en aquel viejo mundo, que es la vecina República el país de los hombres libres, hijos del trabajo, á los que se les concede el honor por Lavulaye de ser grandes caldereros.

Mas ayer mismo se consideraban condenadas á perpetua desdicha las Repúblicas latinas, y más que ninguna México, importante por la grandeza de su territorio y deplorable por su poblacion que se creía indómita. Esta viciada opinion explica la aventura del imperio, sueño concupiscente de un Bonaparte, delirio intrigante del pérfido Gabriac y epilepsia de orgullo de Saligny.

En verdad que se necesitaban espíritu muy entero y voluntad indomable para no traer aquí y allá dudas por todas partes.

Nos habiamos hecho un tipo de Juárez, llevábamos en el alma su retrato como la personificacion de una idea, y le veiamos monstruoso en los dibujos de Saligny: todo lo cual, si no amontonaba sombras en el pensamiento, sí llenaba el corazon de amarguras y zozobras, pues cuesta trabajo aceptar que tan descaradamente se mienta y se calumnie.

Arribamos aquí finalizando el segundo período presidencial de los hombres de Tuxtepec, de cuyo advenimiento nos dijo años antes un general mexicano á bordo de un buque en ruta de New-York, que "no tenian hechura." No eran aquellos dias agitados los más á propósito para formar juicios claros con la bullanga de la Deuda Inglesa. No conociamos á los hombres, y necesitábamos formar juicio propio haciendo abstracción de las referencias.

Muy pronto vimos con agrado que *tenian hechura*. Vamos á decirlo.

II

CARÁCTER DE JUÁREZ.

La tenacidad invencible de Juárez, raíz profunda de su carácter, personificó en sí la causa de la independencia, base indispensable de la libertad. En breves dias sobre el terreno pudimos ratificar el juicio que ya traíamos hecho, pues era Juárez un hombre que de antemano sentiamos porque habia extraordinariamente llamado nuestra atencion en su campaña

contra el imperio. En seguida, exhumando su cadáver, le presentamos de perfil y de bulto al dagerreotipo y en escultura, sin perdonarle un gesto ni una mirada, con sorpresa de su familia y de cuantos le conocieron.

De aquí parte nuestra autoridad con la pluma, desconocida hasta entónces en este país.

Pero ratificado á la vista nuestro juicio de Juárez, quedaban desconceptuadas á nuestros ojos las referencias calumniosas de los demas que no conociamos, porque Juárez no pudo hacer la obra magna solo, sino muy bien acompañado. Teniamos noticias de Lerdo, porque en muy poco estuvo, que á invitacion suya, por nuestro Ministro Herreros de Tejada, viniéramos al país cuando tuvo lugar la inauguracion del camino de hierro de México á Veracruz. Los hombres de Tuxtepec, venciendo á Lerdo, no podian ser políticos *sin hechura*.

Esta era una deduccion lógica.

A mayor abundamiento teniamos un recuerdo de nuestro esclarecido Conde de San Luis. Nos hallábamos una noche de tertulia en su casa de Madrid. En familia, á primera hora nos entretuvimos en ver un cotillon muy cumplido que le habian traído de París con costo de quince mil duros. Con aquella su habitual encantadora llaneza, el mismo Conde, pieza por pieza nos lo enseñaba, pasando en agradable solaz la primera noche, que mucho enamoran y esparcen el ánimo ciertas inocentes frivolidades en medio de las borrascas políticas, por lo que recuerdan á Esopo jugando á las nueces.

Luego comenzaron á entrar los correligionarios, nobles, generales, próceres, jefes de administracion, hasta que se llenó la sala de moderados históricos, compañeros y amigos los más de nuestro difunto padre, que en sus tiempos pasados tocaba la misma cuerda. Eramos los únicos republicanos que allí tenian asiento de confianza como amigos familiares.

Escusado es decir que al momento se entró en conversacion política en uso legítimo del santo derecho del pataleo. En se-

guida tuvo lugar un concertante coreado donde todos hablaban y se interrumpían semejante á lo que sigue:

—Estos hombres son unos traidores.— Unos aventureros.— Unos intrigantes.— Unos cobardes que sólo saben saltar por sorpresa.— ¡Qué barbaridad, dos años de preparacion sin Rey y sin Roque!— Y luego la Constituyente resolverá si España ha de ser republicana ó cosaca.— ¡Vaya usted á ver si eso tiene embocadura!— La situacion es inverosímil.— No tardan tres semanas en llamarnos, para que les saquemos del atoladero en que se han metido.—

Los locos, aventureros, ignorantes y cobardes eran los generales Serrano y Prim y los Ministros Figuerola, Zorrilla, Sagasta, Lorenzana, Montero Rios y Ayala. El Conde de San Luis callaba como muerto, y disimuladamente nos hacia señales dándonos con el codo, hasta que por fin rompió el silencio diciendo:

—Esos hombres nos han vencido, y si valen tan poco, nosotros tenemos que valer algo ménos. Me parece que nos hemos quedado á la zaga y ellos han entrado mejor en las corrientes de los tiempos.—

Estas palabras inolvidables, dichas con la autoridad del ilustre patricio que acababa de pasar por las amargas pruebas de la calumnia y de la emigracion, cayeron como plomo sobre aquellas cabezas acaloradas, y enmudeció el concurso, empezando luego á desfilar los músicos y cantantes.

A la vista de los hombres de Tuxtepec el recuerdo tenaz de este episodio de nuestra vida nos asaltaba, y nos decíamos secretamente— ¿será que en todas partes cuecen habas?—

III

SIGNIFICACION DE LERDO.

Juárez determinó con su tenaz porfía el triunfo de la causa, pero no pudo hacer nada orgánico porque sobrevivió muy poco tiempo á la victoria. D. Sebastian Lerdo le sucedió.

Era Lerdo de grandes virtudes, de muchos talentos, de ex-

tensa ilustracion, de severa integridad, immaculado patriota y con una palabra elocuente y dominadora. Sin ofender á nadie, sin entrar en paralelismos, excusando comparaciones odiosas, á nuestro humilde sentir fué Lerdo el primer parlamentario de México. Dominaba la tribuna, mas con todas estas condiciones, sólo se logra el éxito inmediato de una votación.

Le faltaba aquella condicion suprema que determina los grandes caracteres y era la sobresaliente en Juárez. Le faltaba la idea fija, la tenacidad pasiva de D. Benito, con que comunicaba su pensamiento sin iniciarlo, lo imponía callando, y subyugaba con modestos ademanes y la boca cerrada. Su palabra era una escritura, hablaba en monosílabos, un sí salía de sus labios esculpido en bronce, el no era inapelable. Resolvía de plano, daba tregua, y cuando se veía forzado á esperar, persistía sin vacilaciones ni arrepentimientos. Contemporizaba en caso oportuno y con sobriedad, pero nunca se anduvo en contemplaciones. Si no lo aprendió en ningun libro, supo adivinar el axioma de Richelieu, el político más profundo de la Historia:—EL QUE SE SIENTA EN DOS SILLAS SE CAE SOBRE EL SUELO.— Por eso, á los ofrecimientos de Maximiliano siempre contestaba lo mismo: —He decretado lo opuesto.—

Así Juárez dominaba la opinion.

Lerdo la buscaba sin poderla encontrar, porque no estaba hecha. Mas cuanto está por hacer, no se busca, se hace.

Este fué su capital defecto, que tenia dos raíces de error; el uno como político y de estadista el otro.

IV

POLÍTICA LERDISTA.

Parecido á nuestro Segismundo Moret todo lo fiaba á la palabra; un discurso era su cañon de batir, no conocía otra arma. Para lo demás, tenia un expediente, buenas promesas y dejar correr el tiempo. El tiempo resuelve muchas cosas, pero es con el cansancio y aburrimiento de los hombres. Este es el peor y más funesto de los métodos políticos porque ha-

ce el vacío entre amigos oficiales; los íntimos se dispersan, y en el día crítico no hay uno que dé por el hombre su voluntad, su sangre y su vida. Lerdo no pudo identificar con él ni á sus propios Ministros.

El otro error de D. Sebastian fué el de no haber cultivado el estudio de la ciencia económica, tal vez por falta de tiempo, acaso por prevenciones de juriconsulto. Achaque era este de la generacion anterior entre los hombres que venian de las escuelas de derecho. Un eminente abogado frances llamó en son de sátira á la Economía Política, "hija póstuma de la "civilizacion con humos y fuegos fatuos de matrona." — Otro español catedrático se arriesgó á decir que: "Era un pandemium de verdades triviales, vulgares aforismos y teorías "delirantes."—

Y se acusaban los peligros del agio y se desconocian y negaban las maravillas del crédito. Ha sido preciso que vengan por corrientes de emigracion los indoctos americanos á improvisar un prodigioso mundo de industria, para que tome carta de naturaleza en la tierra la hija póstuma de la civilizacion.

Lerdo no pudo comprender la teoría de los *gastos reproductivos*, y participando de los errores que viciaban la opinion general del país, tuvo miedo al oro extranjero y más aún al americano.

Este error del hombre de Estado resolvió su caida.

Este error en el público tenia una explicacion natural. En la lucha interior ningun recurso vino de fuera. En la guerra con los estraños tuvieron los naturales que pelear solos. El pueblo se dijo á sí mismo: — Esta es la obra exclusiva de mi propio esfuerzo,— y juzgaba que el oro extranjero sólo podia venir con las bayonetas, interpretando tal vez, que el apoyo que sus compatriotas prestaban al imperio era para traer recursos de Europa vendiendo la patria.

He aquí una manera especial de considerar el crédito, entendiendo, que de no ser posible pagar, el acreedor se haria dueño de la hipoteca, que figuraba el territorio del país.

V

RAZON DE TUXTEPEC.

Habian llegado los tiempos de necesidad de explotar la riqueza organizando la Administracion, y no era posible estancar y movilizar la riqueza territorial sin capital circulante. Esto creó una situacion de estrechez comprometida. El pueblo sentia la asfixia, y al llegar á su noticia los planes de Tuxtepec, se fué tras lo desconocido buscando la huella de su esperanza perdida. El plan de Tuxtepec que era la intuicion de una necesidad sentida, no fué bien entendido por muchos del partido liberal, los cuales creyeron alcanzar el Bellocino de oro al día siguiente de la victoria. Triunfó la idea en que palpitaba la necesidad, y allí empezó el compromiso de los hombres de Tuxtepec.

Entónces se empeñó una campaña desconocida, librando rudas batallas en el campo de los intereses materiales lograda la paz. Era una cruenta labor de progreso orgánico erizada de dificultades la que se emprendia.

VI

PLAN DE TUXTEPEC.

El plan de Tuxtepec no significaba un programa, no conocemos otros programas que los del Pretor de Roma, provision de las necesidades de un año introduciendo ficciones á la ley inmutable. El plan de Tuxtepec era un Manifiesto, como el de Manzanares, como el de Alcolea. Era, lo que no podia menos de ser, lo que son todos estos documentos, una capitulacion de cargos más bien que una exposicion de doctrina. Era un trabajo de intuicion. Era la expresion de una necesidad sentida, la necesidad de consolidar la obra de la libertad, que es en su sentido lato, la *descentralizacion*; y se propuso la fór-

mula, acaso ménos á propósito al objeto, pero sin duda la más comprensible, la expresion más eficaz para todos, y se fijó como principio la movilidad de los Poderes públicos en cortos plazos. Tal se manifestaba la necesidad de expansion que sentia este pueblo respecto de su vida interna palpitando más imperiosa en la vida exterior.

Pero bastaba la fórmula para responder á la necesidad. Llegar y acometer el problema, determinaba una obra de estudio y de lucha dentro del compromiso.

Así vinieron los hombres de Tuxtepec. Bien pronto se apercepcionaron de que se encontraban en un campo de accion desconocido, no se presentaba ni podia presentarse cuestion política, pues ésta se habia resuelto por sí misma con el triunfo de la Constitucion de 1857; pero quedaba un problema de *administracion*.

El negocio se mostraba asaz peliagudo, porque no podia acometerse á sablazos, y demandaba una labor de sacrificio y paciencia donde todo sobraba y faltaba todo. Sobraba el territorio en baldíos y fundos que los propietarios no podian explotar; sobraban el diezmo y los arbitrios insostenibles de feudales orígenes; sobraban intereses privados en protesta y aspiraciones imposibles de satisfacer; sobraban oposiciones sistemáticas y tambien impaciencias inverosímiles; sobraban hábitos de monopolio y holganza, de defraudacion y de mero-deo, como que la guerra en todas partes es un desórden puesto en actividad, que perturba las costumbres y solamente sostiene las virtudes del valor, del patriotismo y del sacrificio generoso de la sangre y de la vida.

Estas grandes virtudes lo son de puro sentimiento, y nadie se equivoca en valor, en sacrificio y en patriotismo; por eso las mujeres algunas veces dejan atrás á los hombres. Pero si se registran, por ejemplo en Zaragoza, la Condesa de Búreta y la Agustina que hacen héroes de segunda fila á Dagoiz y á Velarde, y en la historia de Francia á Madama Roland y á Carlota Corday que avergüenzan á Camilo Desmoulins, la verdad es que ninguna mujer ha salvado la administracion de un

país, por más que muchas se jacten de sostener la posicion de sus maridos con sus economías de pan y legumbres.

La campaña administrativa solamente pueden hacerla los hombres, con el pasivo valor cívico, con la tenacidad imperturbable, con el estudio y la observacion, con el heroismo de los ensayos malogrados, con la enseñanza diaria de los errores de cálculo, y con el cruento sacrificio de su popularidad; mientras el público, siempre indocto empieza á reconocer, por los beneficios que aprovecha, la inteligencia de los administradores: pero esto viene tarde.

Sobraba cuanto hemos dicho; más en cambio, faltaban hombres de administracion y era preciso formarlos; faltaban rentas y era necesario crearlas; faltaban hábitos de disciplina fuera del campamento, y era indispensable hacerlos; faltaba capital circulante y era imprescindible importarlo; faltaba trabajo y no se podia prescindir de estimularlo y promoverlo; faltaba confianza y habia apremiante necesidad de inspirarla.

Este último punto era el más difícil, pues si vino á la Administracion lleno de prestigios el ilustre caudillo de Tuxtepec, la temperatura del entusiasmo fué bajando al ver que el bien esperado no brotaba á raíz de la victoria.

En la campaña de guerra se da la batalla; doscientos prisioneros, cinco banderas, diez y seis cañones, el enemigo en fuga, todo esto es brillante, ruidoso, se celebra. Viene la derrota y se siente, y se acalora el espíritu público con el afan de la revancha. Ambas cosas todo el mundo las comprende. En las luchas económicas, los desastres repercuten en la cocina y las victorias sólo se ganan á plazo, sin músicas que las celebren, sin poetas que las canten, sin pueblo que de momento las comprenda.

Tal era la situacion y el compromiso de los hombres de Tuxtepec.

VI

NUESTRO PROPÓSITO Y NUESTRO MÉTODO.

—“Sin criterio no hay juicio, y sin rectitud de juicio las cosas se entienden y se dicen al revés,” —ha dicho Draper. Mazarino acostumbraba decir: —“Nada hay más funesto que la ligereza en el estudio de la Historia.”

Draper vale un pensador y Mazarino un hombre de gran experiencia. Y con efecto, apena ver cuantas lágrimas y cuanta sangre cuestan á los pueblos las torpezas de los estadistas, cuando sin rectitud de sentido aprecian los hechos y no aprovechan las lecciones de la Historia.

—“Sin estudiar detenidamente á los hombres, muy mal se puede hacer la historia de los pueblos,” —nos enseña Tácito. Así Plutarco nos hace á la perfeccion el dibujo de los héroes y Washington Irving la fotografía de los hombres libres. Con mucha razon exclama un publicista de crédito: —“Las discordias nacidas en el sitio de Charan entre Bohemundo, Tancredo, Balduino del Bourg y Joselin de Courtenay; las rivalidades entre el rey de Francia, Felipe Augusto y el de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon, malograron en parte tantos y tan generosos esfuerzos del Occidente. ¿Dirémos con todo que las Cruzadas fueron una especulacion á mano armada, sin más pensamiento ni aspiraciones que la devastacion y el pillaje?” —Muy grande enseñanza encierra la observacion de Guillermo Robertson en su historia de Carlos V: —“No se concibe la pujanza y grandeza de los Arabes, sino estudiando el vigor con que inflama y levanta el espíritu de raza Mahoma en el siglo IX.”—

Durante el dominio prolongado de los Incas hasta trescientos años en el Perú, permanecieron aquellas regiones estacionadas en la estrecha y rudimentaria iniciativa de Manco-Capac, y ningun pensador de los tiempos de la conquista podia abrigar esperanzas y probabilidades, de que aquellos pueblos adoradores del sol mirando al Oriente en las orillas del Cuz-

co, pudieran entrar en los caminos de la civilizacion. Sin embargo, Pizarro, que era muy grande ignorante, por intuicion echó los cimientos sólidos de su progreso. En otros trescientos cincuenta y cuatro años se han elevado al nivel de las naciones más cultas entrando de lleno en el plan de la civilizacion.

Tal es la historia en su sentido general y profundo, que si localizada interrumpe sus relaciones concomitantes, jamas deroga y anula la suprema ley del progreso.

—“En materias históricas, dice Berkeley, donde todo se desfigura y oscurece, y se falsifican y tergiversan los hechos por tantas pasiones y tan múltiples intereses bastardos que se agitan, es preciso aprender á mirar para distinguir lo verdadero de lo falso, limpiando bien los cristales del antejo.”—

“Si los comentaristas son los embrolladores del derecho, los panegiristas del dios éxito son los calumniadores de la Historia.” — Esto decimos nosotros y agregamos:—

—“Grecia perversa nunca fué execrable como Roma” — exclama Chateaubrian en un arranque de misticismo.—Roma execrable desempeña un papel importantísimo en la historia de la civilizacion, mientras el bajo imperio la escandaliza, y Francia, laboratorio de las ideas y biblioteca de los tiempos modernos, ha superado en molicie á la Roma corrompida con las aberraciones de Luis XV y los desórdenes del Regente.”

—“Si quieres conocer á los hombres, dijo Protágoras, límpiate las legañas de las preocupaciones y estúdialos como son, sin enamorarte ni aborrecerlos.”—

Ese ha sido nuestro primer esmero, limpiarnos los ojos para ver claro, y no desdeñamos á los sucesores de Manco-Capac; pero no nos encanta el tan sin razon simpático D. Diego de Almagro para los admiradores de la conquista, á nuestro juicio rémora administrativa.

Sin afanes inmoderados de agradar, sin miras meditadas de ofender, sin anticipadas preocupaciones adversas ni favorables, acometemos este difícilísimo trabajo, jamás arrastrados por vanidades pueriles, con rectos propósitos y firme voluntad independiente.

Erizado de escollos está nuestro camino. La Historia nos pertenece, porque es patrimonio universal de la razón humana, el campo es noble y abierto está para todos, la lucha puede ser leal ó facciosa, el estudio detenido ó ligero, el juicio imparcial ó apasionado, las conclusiones verdaderas ó injuriosas. Y despues, el estilo puede ser flojo ó violento; débil ó grosero, oscuro ó desordenado, y es preciso que se temple en el calor de la idea sin causar heridas ni de amor propio.

Todo esto son términos de dificultad para juzgar á los hombres. Pero la nuestra aquí sube de punto, porque tratamos asuntos de actualidad sobre los que todos pueden dar testimonio, arrostramos la avalancha de los errores comunes y de los intereses lastimados, nos encaramos, en fin, con los hombres de nuestro tiempo, que vemos cada día y que nos unen á ellos relaciones de amistad, mirándolos de abajo arriba, desde nuestra modesta esfera á la altura de su poder y magnificencia.

Es un atrevimiento inaudito, que nunca tuviéramos, entregados á nuestras propias fuerzas, sin la confianza firme en la rectitud de nuestras miras apoyadas por los grandes recursos de la ciencia, á la que sirven tan poderosos auxiliares como son los métodos analíticos y los principios de la crítica racional.



CAPITULO I.

Labor orgánica.

“No se nace á la vida de la libertad sin dolor, ni se recogen sus frutos sin sacrificio.”

CONDORCET.

I

Todo cambio de instituciones responde á una trasformacion económica. De otro modo no tiene significacion política. Esta es la diferencia sustancial entre las revoluciones y los motines. Estos se resuelven por el éxito; un solio ó un cadalso. Las revoluciones pasan por encima de los hombres y de las dinastías, y como el torrente llevan sus olas al mar de la vida. Pero la libertad “no se alcanza sin dolor ni se recogen sus frutos sin sacrificio.”

Azarosa, tremenda y larga habia sido en México la lucha definida desde 1857. Los alucinados todo lo esperan al día siguiente del triunfo y es precisamente cuando se empieza á construir, porque lo viejo no sirve y lo nuevo está por hacer. El triunfo y la esperanza se personifican en el gobierno. Los vencidos le acusan de todo mal; los victoriosos agotan su entusiasmo en aclamaciones tres días, y al quinto le muestran su descontento. Los que contrajeron el compromiso de gobernar, se ven combatidos por la protesta de los contrarios y no bien auxi-